

Espacio y género

Olga Segovia M.

Arquitecta, SUR Profesionales Consultores

He querido indagar en lo que hace diferente —lo que implica o excluye— el habitar de hombres y de mujeres; explorar y ver los huellas de su construir que el espacio y la historia muestran.

Es en el ámbito del espacio físico que me interesa indagar las diferencias y discriminaciones de género; también comprender y conectar las interdependencias de esta relación. Quiero hablar no únicamente desde la mujer, y sin embargo privilegiar su voz, introduciéndome en el campo de la conducta y la calidad de las relaciones humanas.

El espacio y el habitar

El espacio es protagonista, en el sentido de que es experimentado. No es neutro, no está "afuera", a pesar de que puede ser dimensionado y también se puede representar a través de convenciones y sistemas abstractos. Puede ser el espacio del vivir que estimula y calma, en el que nos sentimos compenetrados y condicionados, o uno que nos agrede y violenta. El espacio acoge, excluye, insinúa acciones y relaciones, organiza recorridos; por lo tanto, puede ser un actor de cambio en las relaciones y en el comportamiento. La creación espacial expresa valores y prioridades sociales y culturales, muestra experiencias de vida, que son diferentes también para hombres y mujeres.

El espacio que habitamos está lleno de significados, recuerdos y promesas. No constituye una referencia estática. A través del tiempo, nos apropiamos de él y sus imágenes dialogan con nosotros. Un territorio nos va enviando señales a medida que exploramos en sus dominios. Las calles de la ciudad, o del barrio, van acogiendo distintos usos, y en la vivienda que habitamos todos los días experimentamos distintas percepciones.

Este vínculo del ser humano con el espacio es individual; sin embargo, contiene y está influenciado por distintos factores históricos, sociales y culturales. Cada grupo humano o sociedad asigna valores simbólicos y funcionales a ciertos espacios. Así, la historia muestra la enorme trascendencia que han tenido y tienen lugares, como signos de identidad colectiva.

Las percepciones individuales pueden ser indicios valiosos de la identidad. Las descripciones ambientales constituyen el resultado de un proceso bilateral entre el observador y su medio ambiente. Este insinúa distinciones y relaciones y el observador, a la luz de sus propios objetivos, elige, analiza y le otorga significado a lo que ve.¹ Y esa percepción depende en gran medida de lo que se busque en el ambiente, búsqueda que está condicionada por la cultura.

La historia, espacios y símbolos

Si definimos que los seres humanos estamos determinados, entre otras cosas, por clases sociales, características culturales y roles sexuales, podemos también distinguir particularidades de género en la conexión con el espacio, lo que presupone reconocer que existe o ha existido culturalmente un modo femenino y otro masculino de imaginar el espacio, de situarse frente a él y experimentarlo, incluso de narrarlo.

En la historia de nuestra civilización, mujeres y hombres han tenido diferentes *destinos espaciales*. La conquista de tierras prometidas, discusiones y discursos en la plaza pública, el espacio de la guerra y la apropiación, para algunos. La pertenencia y el cuidado del hogar, la crianza de los hijos, lo reservado y lo pequeño, para otras. Los hombres han hecho suyo el espacio dominando la naturaleza, construyendo monumentos que muestren sus hazañas de conquistadores y guerreros, descubriendo y fundando

ciudades. Las mujeres, desde las sociedades primitivas hasta la actualidad, han estado a cargo del mundo privado, de la reproducción de la vida cotidiana. Parecen reconocer y habitar los lugares sin transgredirlos, recogiendo la experiencia y lo vivido en el entorno físico y cultural.

Estos destinos de hombres y mujeres están contenidos en el trazado y el diseño de las ciudades y en la arquitectura de las diferentes sociedades, que se han expresado en múltiples signos y formas. La historia de la arquitectura entrega innumerables ejemplos de un orden espacial que ha racionalizado y sublimado las formas espontáneas dentro de formas geométricas abstractas. Así, la estructura idéntica en cada lugar de la ciudad militar romana simboliza el deseo de un orden dentro del caos de la naturaleza. En el Renacimiento, el hombre se imaginaba siendo un actor que proclamaba desde el centro de un escenario —y del Universo— sus juicios e ideales acerca del mundo; y así, en su proyección del espacio él ocupa magníficamente el foco de la mirada, mientras en él converge el mundo en perspectiva.

La mujer y el espacio habitado

¿Existe una aproximación *femenina* en el habitar?

Se puede advertir —recurriendo a la historia— la existencia de un vínculo entre la condición de la mujer en la sociedad y su relación con la creación y el uso del espacio.

No siempre ha existido un orden patriarcal. Existen evidencias arqueológicas que muestran que hace miles de años existió una cultura neolítica que algunos investigadores denominan *matrística*, una civilización no centrada en la jerarquía y la dominación, no orientada hacia la apropiación y la discriminación (Maturana 1991).

En las ciudades de Catal Huyuk y Hacilar —descubiertas en la antigua Europa— se puede observar un lenguaje de las formas y de las estructuras arquitectónicas cuyo sentido se conectaba con un orden social en el cual había armonía entre lo femenino y lo masculino. Las imágenes y figuras expresan una estética que alude a los símbolos de la maternidad y de la naturaleza.² En el trazado de estas ciudades se advierte un diseño que privilegia el respeto al entorno natural, a la producción, al comercio y a la belleza. Entre sus características urbanísticas y arquitectónicas, aunque existen algunos signos de desigualdad social, por el tamaño de las construcciones, no se observan diferencias excesivas. "Por ejemplo, en Catal Huyuk no hay grandes diferencias entre las casas, siendo la mayoría de un plan rectangular estandarizado. Incluso los santuarios no difieren estructuralmente de las casas, ni necesariamente son más grandes; más aún, están entremezclados con las casas en número apreciable, indicando nuevamente que se trata de una estructura basada en el concepto de comunidad y no en una estructura social religiosa centralizada y jerarquizada" (Eisler 1987).

Los descubrimientos arqueológicos realizados en la isla de Creta muestran los signos de un lento y constante progreso tecnológico, artístico, cultural, que comienza en Creta alrededor de los años 6 mil a.C. Una arquitectura espléndida que expresa el apego a la naturaleza, al placer y a la belleza, lo que contrasta con los monumentos a la autoridad y el poder que se encuentran en Egipto y en otras sociedades guerreras. Cuenta Eisler que "en los palacios de Creta había amplios patios, fachadas majestuosas y cientos de habitaciones, todos dispuestos en organizados laberintos". . . "Las casas se adaptaban a todas las necesidades prácticas de la vida, y se creaba un atractivo ambiente en torno a ellas".³

Al indagar en las formas y los espacios, los ejemplos de estructuras y figuras matriarcales —circulares u ovaladas— se originan, según algunos autores, en la prehistoria. Estas formas arquitectónicas tenían indiscutiblemente un sentido preciso, que se conectaba con el orden social:

Donde existían construcciones redondas, ovaladas, o casas con cúpulas en forma de colmena, la mujer disponía probablemente todavía de ciertos derechos; donde predomina la arquitectura del megaron, reinaba el hombre. (Borberman 1975).

¿Existen fundamentos para especificar como femeninos el círculo, la elipse, la línea curva, las figuras laberínticas; y como masculinos el ángulo recto, el cuadrado, el orden ortogonal?

Más allá de las correspondencias biológicas, en el desarrollo histórico de la creación arquitectónica se pueden advertir formas que son pertenecientes a dos categorías de arquetipos espaciales. Son modelos que establecen polaridades entre los cuales evidentemente existen matices. Se identifican con lo femenino: la tienda, la cueva, el laberinto, el espiral; con lo masculino: el monumento, el rascacielos, el obelisco, la pirámide, el cubo (Coppola 1982).

Se piensa que el espiral, tal vez la figura más frecuente de la prehistoria, no ha sido identificado hasta ahora por la arqueología por lo que era: "Su aplicación sobre cuerpos femeninos (sobre el pecho y el vientre) alude directamente a los centros de poder femenino —el nacimiento, la vida y la muerte—, que la mujer ejerce a través de su propio cuerpo". En un número considerable de ruinas de templos megalíticos y complejos habitacionales que se remontan al tercer y segundo milenio a.C., en las islas de Malta y Gozo, "excavados en piedra calcárea o hechos de piedras sobrepuestas, inútilmente se buscan líneas rectas como puntos de referencia". (Reimester 1982).

Pareciera haber habido un cambio en el lenguaje de las formas y los signos en la sociedad de transición al patriarcado en Asia y Europa. Las estructuras redondas y cupulares evolucionaron a elementos con cuatro ángulos. La organización basada en el laberinto cambió a un orden recticular, acentuando la perspectiva central.

En otras culturas, por ejemplo la nómada, se pueden establecer distinciones entre hombres y mujeres en el campo de la arquitectura. Estudios llevados a cabo entre los pueblos pastores Fulbe de África Occidental, inducen a pensar que el proceso constructivo en las condiciones de vida nómada pueden ser considerados como una original experiencia femenina. Es la mujer la que sume casi en su totalidad la responsabilidad de cargar y dismantelar las tiendas de esteras trenzadas en que viven, y la designación de los espacios al interior de la tienda. Son además las mujeres las responsables de conseguir los materiales de construcción para las estructuras, como también para el equipamiento.

El proceso de sedentarización provocó transformaciones en la estructura social y el traslado del poder político de un sexo al otro y, por lo tanto, también provocó cambios en la propiedad y en las normas del dominio residencial. Como consecuencia de esto, se produjeron modificaciones en el proceso arquitectónico y constructivo. Las mujeres gradualmente perdieron su rol exclusivo y se manifestaron numerosos cambios en la estructuración del espacio, en los materiales y el desarrollo de nuevas tecnologías constructivas (Prussin 1982).

La mujer y la arquitectura

En nuestra cultura, ¿qué imágenes, formas y símbolos pertenecen a estos modos, femenino y masculino, de habitar el espacio, de distinguirlo y, por lo tanto, de proyectarlo?

Sobre la base de determinados estudios,⁴ se han planteado hipótesis sobre distintas aproximaciones de mujeres y hombres respecto a la forma, al color y al medio ambiente. El color determina una experiencia de tipo emotivo y la forma tiene relación con el control intelectual; los hombres superan a las mujeres en las pruebas que necesitan un acercamiento de tipo geométrico abstracto; también tienen mayor iniciativa espacial y evidencian mayores habilidades en relación con el macro espacio; las mujeres parecen ser más dependientes que los hombres respecto al medio ambiente, en el sentido de que no se abstraen de él y presentan mejores actitudes en relación con el microespacio, habilidad manual y coordinación de movimientos. En relación con el espacio construido, los hombres se interesan más por los problemas técnico-formales, y las mujeres por el uso del espacio y las relaciones con el contexto ambiental.

La historia se ha ocupado primordialmente de las grandes obras, como si la arquitectura existiera sólo en los objetos excepcionales, y no en lo cotidiano. Nos habla frecuentemente de clasicismo y racionalismo, de monumentos y rascacielos como manifestaciones geométricas de una abstracción de la función real. El fundamento, diseño y posterior construcción de las obras arquitectónicas a escala de la ciudad, están íntimamente ligados a la racionalidad, a la voluntad de imponer una visión. Este lenguaje expresa, entre otras cosas, el orgullo humano por el conocimiento, por la ciencia y la razón; también por el dominio y la conquista, ámbitos tradicionalmente adscritos a lo masculino.

La mujer no sólo ha sido excluida de la construcción del espacio físico y, por tanto, de las grandes obras arquitectónicas; también ha estado apartada del diseño y de la representación del espacio físico,

históricamente prerrogativa masculina, que se corresponde con la sociedad educada y crecida para el bienestar y —como dice Fromm— la necesidad de poseer. Las mujeres han sido *representadas* por el diseño y por la arquitectura según los roles socialmente adscritos a ellas, y la valoración de esos roles. Los espacios para la mujer, de la mujer, son los domésticos, los privados, los pequeños: los menos visibles, los menos destacados en la escritura oficial de la Arquitectura; o, si se habla de la ciudad, simplemente no existen. Así, se les ha devuelto a las mujeres, como en un espejo, el rol asignado.

Tradicionalmente exigida a ejecutar las tareas repetitivas de la labor doméstica, se ha desenvuelto en ambientes de pequeñas dimensiones, y ha cultivado un vínculo emotivo con el espacio.⁵ Parece ser una evidencia, sin embargo, que las mujeres se interesan por la arquitectura no en tanto continente de esas actividades cotidianas, sino como expresión de la calidad de vida, como *lugar* para habitar y disfrutar, donde organiza y moldea el ambiente que la rodea.

Es posible imaginar en la arquitectura un rol femenino en el sentido activo y creativo del término, como una proyección de la capacidad de la mujer de estar adentro de las cosas. Su actitud ante un proyecto está influenciada por el interés en el uso, en el orden orgánico, en lo flexible, en la sensibilidad al lugar, en el respeto a lo preexistente, a lo natural.⁶

La arquitectura es un objeto que hay que habitar: se involucra en el medio ambiente e igualmente es permeada por él. Proyectar no es una abstracción geométrica; es respetar y establecer una relación con el ambiente. Las mujeres lo saben, conocen el lugar de un objeto después de su uso, la casa como un organismo que con el tiempo y las vivencias establece su orden. Así el ambiente se expresa en su potencialidad mediante un proceso de conocimiento basado en la flexibilidad.

Evidentemente estas disposiciones están presentes en todos los seres humanos, como manifestaciones de lo femenino y masculino. Podemos distinguir categorías psicológicas que, prescindiendo del sexo, parecen determinar un distinto comportamiento en relación con el espacio. Las personas introvertidas optan por los espacios acogedores dispuestos para la reflexión, que evitan la interferencia del mundo exterior, el cual es percibido como una agresión. Por el contrario, las personas extrovertidas se reconocen en la relación con los otros; nutriéndose del exterior, precisan el intercambio y la comunicación. Si admitimos que algunos rasgos —como la agresividad, por ejemplo— que pueden ser distintivos como masculinos, de esto se derivaría que el hombre tiene una forma particular de relacionarse con el espacio, que marcaría su comportamiento.

Pero, ¿quién nos dice que el hombre no haya sido obligado a volverse agresivo por la tarea designada de procurar el alimento, matando a los animales y robándoselos a otros hombres? Tal vez el hombre hubiera estado más contento trenzando fibras (en vez de espadas), encerrado en un recinto disfrutando de la tranquilidad de la era; tal vez porque el hombre ha sido empujado lejos del núcleo original, del útero, de la casa, ha sufrido los mayores condicionamientos. (Coppola 1982).

Frecuentemente se habla de lo público y lo privado, de lo abierto y cerrado, de lo extravertido e introvertido —con un sentido político, espacial y psicológico—, conectando esquemática y tradicionalmente estos conceptos con el hombre y la mujer. El espacio del descubrimiento y la conquista es comprendido como principio masculino; el espacio de la protección, de la apropiación cotidiana de las cosas, como principio femenino. Es posible argumentar que en el comportamiento de la mujer es dominante la preferencia por lo acogedor del espacio privado; su vínculo con el espacio es más directo y concreto que el que establece el hombre, en el cual prevalece una espacialidad que privilegia los trazados a gran escala, el escenario del espacio público. Espacio público que puede ser la plaza del mercado o el ágora del centro de la polis, y espacio privado que puede ser el telar y la biblioteca.

Es interesante hacer evidentes los valores propios de la mujer, aunque no exclusivos de ella, que el mundo masculino y tecnológico ha progresivamente separado. El espacio de la casa, considerado terreno propio de la mujer, puede significar un claustro y puede ser el ámbito de la intimidad y de la identidad personal. La casa es un lugar privilegiado al referirnos a los valores de la intimidad del espacio interior. "Todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa". Y es imaginada "como un ser concentrado, nos llama a la conciencia de centralidad" (Bachelard 1957).

La inquietud por entrar en el territorio de lo femenino expresa la necesidad de una relación más integral con la historia, que admita lo público y privado de la vida, que ensamble fragmentos y que rompa

omisiones y silencios. Hoy se puede observar intentos de recuperación de formas y valores culturales factibles de definir como femeninos. Y esto no sólo en la arquitectura y en el arte, sino también en psicología, en economía, en política. Lo atractivo es que estas ideas no sólo tienen como fin buscar y reconocer los acontecimientos y las creaciones del pasado; también, y sobre todo, estiman las inagotables variaciones y la flexibilidad ante los cambios que contiene el habitar.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Beck, R. "El significado espacial y las propiedades del ambiente". En: D. Lowenthal, comp. "Environmental perception and behavior". *Research Paper* 109. Department of Geography, The University of Chicago, 1967.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), Unidad Mujer y Desarrollo. *América Latina: El desafío de socializar el ámbito doméstico*. 1989.
- . *Mujeres, cultura y desarrollo*. 1991.
- . *Integración de lo femenino en la cultura latinoamericana*. 1992.
- Lynch, K. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gili, 1984.

NOTAS

1. La fenomenología se aproxima al entorno no tal como "es", sino como es experimentado; esto fue primero expresado por el concepto de "entorno conductual" (Koffa 1935) y desarrollado más tarde por la concepción "campo-vida-espacio" (Lewin 1936).
2. En el libro *El cáliz y la espada*, la antropóloga Reiner Eisler señala los fascinantes descubrimientos de esta cultura llena de mitología y simbolismo. En su arte, las figuras y símbolos femeninos tenían una posición central. Eisler sostiene que "ahora sabemos también algo muy significativo para el desarrollo original de nuestra evolución cultural. Esto es, que en todos los lugares donde se produjeron los primeros avances de nuestra tecnología material y social —utilizando la frase inmortalizada por Merlin Stone en el título de un libro— Dios fue una Mujer". Y continúa: "Por cierto, el punto de vista que aún prevalece es que el predominio masculino, junto con la propiedad privada y la esclavitud, fueron subproductos de la revolución agraria. Y esta posición se mantiene pese a la evidencia de que, por el contrario, la igualdad entre los sexos —y entre los pueblos— fue la norma general durante el neolítico". Eisler subraya que "es importante en el arte de este período la carencia de la imaginería gobernante-gobernada, amo-súbdito, tan característica de las sociedades dominadoras".
3. Eisler señala que "es importante destacar que Creta no fue una sociedad ideal, sino una sociedad humana real, con problemas e imperfecciones. Fue una sociedad que se desarrolló milenios atrás, cuando aún no existía nada parecido a la ciencia, como la conocemos ahora; cuando todavía los procesos de la naturaleza generalmente se explicaban y trataban a través de creencias animistas y ritos propiciatorios. Más aún, fue una sociedad que funcionaba en medio de un mundo creciente de dominio masculino y guerrero". El fin de Creta fue violento; se defendió un tiempo gracias a su mar protector, finalmente cayó bajo el dominio de reyes que, aunque incorporaron muchas de sus costumbres, "trajeron consigo una organización ideológica y social orientada más hacia la muerte que hacia la vida".
4. Los ensayos realizados han sido parciales y los resultados no son definitivos. Es necesario ser moderado en establecer diferencias, aunque se han encontrado estas distintas disposiciones por parte de uno y otro sexo acerca de esta materia. Dice la arquitecta Coppola: "Cualquiera que sean las causas de estas diferencias, ellas parecen estar relacionadas también a diferentes estrategias usadas por ambos sexos para desarrollar la misma actividad, optando por la solución estratégica más adecuada para llegar a lo mismo".
5. Según el psicólogo J. Moore (1985), "el lado femenino izquierdo está dirigido hacia la procreación y hacia la sobrevivencia física, a partir de la cual surgen disposiciones a la continuidad, la repetición y la seguridad. Estas a su vez dan origen a una legión de inclinaciones, preocupaciones y rasgos conductuales: por ejemplo, los hábitos, la tradición, la defensa, la productividad, el conservadurismo, la protección, la expansión y la longevidad. Lo femenino se identifica con el grupo —o la familia—, se inclina más o tiene más propensión hacia lo horizontal, es paralelo y está más en contacto con la tierra. Lo masculino es tanto más difícil de definir y comprender, tiende hacia lo abstracto, lo ideal, el significado interno. Pone en evidencia cualidades que van en contra de lo femenino: por ejemplo, rechaza el hábito y la repetición, desea el cambio, el mejoramiento y la evolución en forma cualitativa en lugar de cuantitativa, aun cuando signifique incomodidad y falta de seguridad al explorar lo desconocido, enfrentando peligros, aventuras, tomando la iniciativa, si es necesario la ofensiva. Lo masculino es individual, autoconcerniente y autocomplaciente".
6. Los juicios acerca de este tema han sido diversos. Algunos teóricos estiman que podíamos referirnos a "arquitectura emocional" en contraste con "arquitectura racional" (Kennedy 1977) y otros expresan "no creo que exista un modo naturalmente distinto de ubicarse para el hombre y la mujer en relación al espacio y por lo tanto a la arquitectura, que no puede someterse a un examen ideológico" (Mazolli 1982).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bachelard, G. *La poética del espacio*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Borbeman, E. et al. Citados en P. Coppola (1982).
- Coppola, P. *Spazio e immaginario. Maschilini in femminile in architettura*. Roma: Officina Edizioni, 1982.
- Eisler, R. *El cáliz y la espada. Nuestra historia, nuestro futuro*. Santiago: Editorial Cuatro Vientos, 1990.
- Koffa (1935), Lewin (1936). Citados en H. Proshansky et al. (1980).
- Proshansky, H. et al. "La influencia del entorno físico en la conducta: algunos supuestos básicos". Serie Documentos 7. Facultad de Arte y Tecnología, Departamento de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Valparaíso, 1980.
- Maturana, H. *El sentido de lo humano*. Santiago: Editorial Hachette, 1991.
- Moore, J. *Sexualidad y espiritualidad*. Santiago: Editorial Cuatro Vientos, 1980.